

durante la noche se había acumulado sobre los escombros, veíase sobresalir un brazo, rígido ya por el frío de la muerte, y necesitáronse muchas horas para extraer, con ayuda de largas escalas, el cadáver del barón Wolfgang: una de sus manos crispadas oprimía con fuerza el candelero que llevaba, y todos sus miembros estaban horriblemente dislocados. Huberto fué uno de los primeros que acudió, mostrando en su semblante todas las señales de la mayor desesperación; y depositado el cuerpo en la misma mesa donde algún tiempo antes se colocara el de su anciano padre, Huberto se inclinó sobre él llorando.

— ¡Hermano — exclamó — yo no he pedido esta fatal venganza al demonio que me cegaba!...

Mi tío, que se hallaba presente, no comprendió lo que podían significar aquellas palabras misteriosas; pero un secreto instinto designábale á Huberto como el asesino de Wolfgang. Algunas horas después de aquella dolorosa escena, Huberto fué á buscar á V*** á la sala de audiencias de justicia; pálido y descompuesto, sentóse en un sillón de encina y tomó la palabra con voz temblorosa y agitada.

— Yo era enemigo de mi hermano — dijo — á causa de esa absurda ley que enriquece al primogénito de la familia en perjuicio de los demás hijos. Una espantosa desgracia ha terminado sus días, y yo deseo que esto no sea un castigo de Dios por la dureza de su corazón. Heme aquí hoy heredero del mayorazgo, pero nadie sabe hasta qué punto me aflige este cambio, pues toda felicidad acabó para mí en este mundo. En cuanto á vos, señor abogado, os confirmo plenamente en los cargos y funciones que desempeñabais en vida de mi padre y mi hermano; administrad este dominio según vuestras miras, y como mejor convenga á mis intereses, porque no pudiendo vivir un día más en el teatro de la catástrofe, abandonaré el castillo.

Dichas estas palabras, levantóse Huberto y salió de la sala; y dos horas después corría al galope de su caballo por el camino de K...

Sin embargo, hablábase de las causas que pudieron producir la muerte del desgraciado barón, y opinábase en general que, habiéndose levantado por la noche para ir á buscar algún libro á la biblioteca, se equivocaría de puerta, abriendo la que daba al abismo. Esta explicación, no obstante, era poco satisfactoria, porque la puerta de la torre solía estar cuidadosamente cerrada con cerrojos, y necesitábase tiempo y fuerza para abrirla. ¿Cómo imaginar que el joven barón pudiera ser víctima de semejante error? El abogado se perdía en conjeturas, cuando Franz, el servidor favorito de Wolfgang, que escuchaba su monólogo, interrumpióle para decir:

— ¡ Ah! no es así, señor abogado, cómo ha ocurrido la desgracia.

Todas las preguntas que se le hicieron delante de testigos fueron inútiles, pues declaró que solamente confiaría el secreto al abogado. En una conversación particular dijo después que el difunto hablaba con frecuencia de los tesoros sepultados en el torreón; había pedido á Daniel la llave de la puerta, y á menudo, en medio de la noche, iba á inclinarse sobre el abismo para reflexionar sobre las inmensas riquezas que su amor al oro le hacía suponer ocultas en aquella profundidad. Era probable que durante una de aquellas peregrinaciones nocturnas, le sobreecogería un vértigo y caería al fondo. Daniel, que parecía experimentar más que nadie un profundo horror, propuso tapiar la puerta, é hizo así al punto.

Huberto, heredero del mayorazgo, volvió á su provincia de Curlandia, dejando al abogado V*** los poderes necesarios para administrar en su nombre el dominio de R...sitten. Renuncióse al proyecto de cons-

trucción de un nuevo castillo, y sólo se pensó en reparar el antiguo.

Algunos años después, Huberto se presentó un día en R...sitten, á principios del otoño. Durante su breve permanencia en el mayorazgo, tuvo frecuentes entrevistas con el abogado, habló de su próxima muerte, y dijo que había depositado ya su testamento en manos de los magistrados de la ciudad de K... Sus presentimientos se realizaron, pues murió al año siguiente. Su hijo, que llevaba el mismo nombre, se presentó muy pronto en R...sitten, acompañado de su madre y hermana, para tomar posesión de la herencia. El joven caballero parecía inclinado á todos los vicios; desde su llegada al castillo inspiró aversión á sus habitantes, y su primera disposición tuvo por objeto trastornarlo todo; pero el abogado declaró que se oponía formalmente á la ejecución de las órdenes dadas por aquel joven loco hasta después de la lectura del testamento de su padre, único documento que podría conferirle los derechos que se arrogaba.

Aquella inesperada resistencia por parte de un hombre que sólo era á sus ojos un primer lacayo, encolerizó al joven castellano, pero el abogado le hizo frente y mantuvo con valor la inviolabilidad de sus funciones, llegando á ordenar al heredero que se retirase de R...sitten hasta el día fijado para la lectura del testamento. Á los tres meses abriéronse los pergaminos en K... á presencia de los jueces; y además de los testigos necesarios, el abogado V*** llevó consigo un joven de buen aspecto, aunque sencillamente vestido, que podía pasar por su secretario. El futuro poseedor del mayorazgo se presentó con aire arrogante, reclamando la pronta lectura del testamento, pues no podía perder muchas horas, según dijo, en necias formalidades.

El difunto barón de R...sitten declaraba que no había poseído nunca el mayorazgo como verdadero titu-

lar, y que solamente le había administrado en interés del hijo único de su hermano Wolfgang. Aquel niño se llamaba, así como su abuelo, Roderico, y sólo él podía ser legítimo heredero del mayorazgo. El testamento decía además que el barón Wolfgang se había unido secretamente en Ginebra con una joven noble, pero sin fortuna, que al cabo de un año le había dejado viudo con un hijo, cuyos derechos de nacimiento no se podían poner en duda, y que, de consiguiente, debía heredar el mayorazgo. Por último, para explicar su silencio en vida, Huberto declaraba que un convenio particular entre Wolfgang y él se lo imponía como un deber sagrado.

Terminada la lectura de los artículos del testamento, el abogado V*** se levantó para presentar á los magistrados al joven desconocido que le acompañaba, y les dijo:

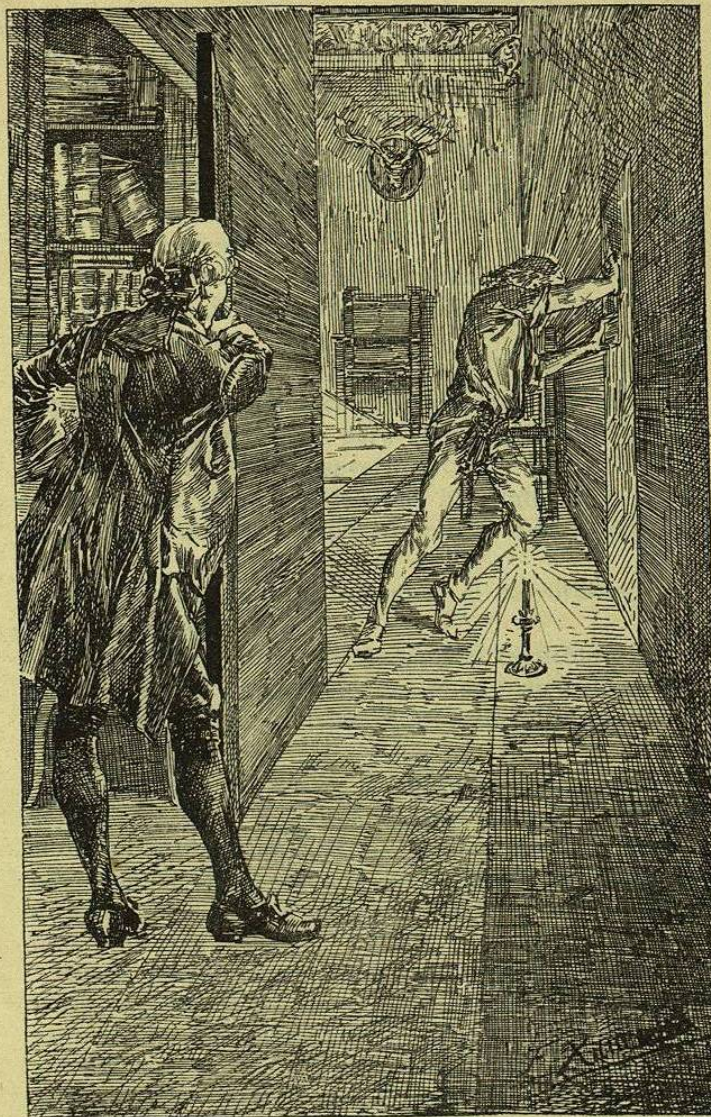
—Señores, aquí os presento al barón Roderico de R..., hijo legítimo de Wolfgang de R... y heredero, por derecho, del mayorazgo de R...sitten.

Al oír estas palabras, Huberto quedó confundido; pero recobrándose luego, amenazó con el puño al joven que tan inopinadamente le arrebatava su fortuna, y salió precipitadamente de la sala como un loco. Entre tanto, obedeciendo á la orden de los jueces, Roderico presentó los documentos que probaban su identidad, así como también cartas de su padre y de su madre; pero en los títulos jurídicos Wolfgang aparecía como negociante, con el pseudónimo de Born, y sus cartas, por más que se demostrase la semejanza de la escritura, no tenían más firma que la inicial W. Los jueces se vieron muy apurados para decidir en esta grave cuestión, y acordaron practicar detenidas investigaciones sobre el hecho. Huberto, instruido de lo que pasaba, elevó una solicitud á la Regencia del distrito para que se le diese inmediata posesión del

mayorazgo, á falta de suficientes pruebas en favor de su contrincante; y el tribunal acordó que se atendiera á la demanda si el joven Roderico no presentaba en breve pruebas irrecusables de la legitimidad de sus pretensiones.

El abogado V*** comprobó cuidadosamente todos los documentos legados por Wolfgang de K.... Cierta noche, á eso de las doce, hallábase en la alcoba del difunto R...sitten, examinando los legajos; la luna brillaba con siniestro fulgor, iluminando débilmente las paredes de la sala vecina, cuya puerta estaba abierta. De repente, V*** oyó un ruido de pasos, como de una persona que subiese la escalera, y un choque de llaves; levantóse y prestó atento oído. Poco después abrióse una puerta, y un hombre á medio vestir, que llevaba una linterna sorda, entró con paso vacilante y pálido el rostro. El abogado reconoció á Daniel, y ya iba á dirigirle la palabra, cuando al fijar la vista en las facciones del mayordomo, comprendió que se hallaba en un acceso de sonambulismo, pues tenía los ojos cerrados: dirigióse hacia la puerta tapiada, puso su linterna en el suelo, sacó una llave del manajo que llevaba pendiente de la cintura, y arañó la puerta, profiriendo roncós gemidos. Después aplicó el oído á la pared, cual si esperase percibir algún ruido, y con ademán imperioso pareció imponer silencio á alguno. El abogado, siguiendo á Daniel con precaución, vióle abrir la cuadra, ensillar un caballo y conducirle al patio del castillo; allí permaneció algún tiempo con la cabeza inclinada, en la actitud de un lacayo que recibe órdenes de su señor; después volvió con el caballo á la cuadra, subió á su habitación y cerró la puerta, corriendo los cerrojos. Aquella singular escena hizo sospechar al abogado que se había cometido algún crimen en el castillo, y que Daniel era cómplice.

Al día siguiente, habiéndose presentado Daniel en



LA PUERTA TAPIADA

el despacho para recibir instrucciones para el servicio, el abogado le hizo sentar en un sillón y díjole :

—Veamos, amigo Daniel, lo que pensáis sobre el resultado del pleito entre Huberto y el joven Roderico.

—¿Qué me importa á mí que haya un amo ú otro ?
—contestó el mayordomo, bajando la voz, cual si temiese que le oyeran.

—Pero ¿ qué tenéis, Daniel ?—replicó V***;—veo que tembláis como un azogado, cual si hubiéseis cometido algún crimen.

En vez de contestar, Daniel se levantó pesadamente y quiso salir de la habitación, dirigiendo á su alrededor una mirada sombría ; pero el abogado le obligó á sentarse, diciéndole con severidad :

—Quedaos, Daniel, y decidme al punto lo que habéis hecho anoche, ó explicadme más bien lo que yo he visto...

—¿ Y qué habéis visto ?—replicó el mayordomo estremeciéndose.

V*** refirió la escena descrita, y al escucharle, Daniel, al parecer estupefacto, ocultó su rostro entre las manos, para evitar la penetrante mirada de su interlocutor.

—Paréceme—prosiguió el abogado—que ahora os da la manía de ir á visitar los tesoros acumulados en la torre por el anciano barón. Los sonámbulos contestan, durante sus accesos, á las preguntas que se les dirigen, y por lo tanto, mañana por la noche hablaremos de ciertas cosas.

Al oír estas últimas palabras, Daniel, cada vez más turbado, profirió un grito agudo y cayó privado de sentido. Algunos criados le condujeron á su lecho, y cuando salió de aquella crisis quedó sumido en profundo letargo durante varias horas.

Al volver en sí pidió de beber, y despidiendo al criado que debía velarle, cerró la puerta de su habitación.

Á la noche siguiente, cuando el abogado se preparaba á salir en busca de Daniel para obtener una prueba decisiva, oyó ruido fuera, como de cristales rotos, y observó que de la habitación del mayordomo salía un humo espeso. Derribada la puerta para librarle de las llamas, encontráronle sin sentido en el suelo; la luz de la linterna, que estaba rota y á sus pies, había prendido fuego á las cortinas del lecho, y á no ser por el pronto auxilio que se le dispensó, Daniel hubiera perecido miserablemente. El abogado comprendió que el mayordomo había querido imposibilitarse la salida; pero el ciego instinto que dirige á los sonámbulos debió ser más fuerte que su voluntad. Despertado en medio de la crisis, al encontrar una resistencia inusitada, escapósele la lamparilla de las manos, y al ver que se prendía fuego, perdió el sentido. Después de este accidente, Daniel padeció una grave y larga enfermedad, y sólo salió de ella para caer en un estado de espantosa languidez.

Cierta noche que V*** se ocupaba en buscar algunos documentos en el archivo, Daniel entró con mesurado paso en la habitación, semejante á un espectro, dirigióse á la mesa, dejó sobre ella una cartera de cuero negro, y arrodillándose, exclamó:

—¡ Hay un Juez en el cielo! ¡ quisiera tener tiempo para arrepentirme!

Pronunciadas estas palabras, levantóse y salió de la habitación con lento paso, como había venido.

La cartera negra contenía papeles preciosos, escritos de puño y letra del barón Wolfgang y con su sello; estos documentos probaban claramente la legitimidad del hijo, y contenían la historia de su matrimonio secreto. Huberto, obligado á reconocer aquel testimonio, declaró ante los jueces que desistía de todas sus pretensiones á la herencia de su tío Wolfgang; y poco después abandonó el país. Muy pronto se supo que

había entrado al servicio de Rusia y marchado á Persia. Su madre y su hermana se ocupaban en arreglar los asuntos de su dominio de Curlandia; y Roderico, enamorado de la hermana de Huberto, quiso seguirla. El abogado V*** había vuelto á K..., y el castillo de R...sitten quedó más desierto y sombrío que nunca.

En cuanto á Daniel, había vuelto á enfermar tan gravemente, que fué preciso conferir sus funciones á otro mayordomo: este cargo se confirió á Franz en recompensa de sus fieles servicios. Poco tiempo después, todas las diligencias jurídicas sobre el mayorazgo quedaron evacuadas, llenándose todas las formalidades legales gracias á la actividad del abogado V***, que no descansó hasta ver al joven heredero instalado en su dominio. Al poco tiempo se supo que su contrincante, Huberto, había muerto en una batalla contra los persas; de modo que sus bienes de Curlandia pasaron á manos de la hermosa Serafina, cuya unión con Roderico no tardó en celebrarse.

Los desposorios se efectuaron en R...sitten, sin que se omitiese nada para comunicar á la ceremonia todo el esplendor propio de la elevada categoría y de la riqueza de los futuros esposos. V***, que se consideraba hacía largo tiempo como inseparable de los señores de R...sitten, había elegido la antigua cámara del barón, á fin de espiar la conducta de Daniel. Cierta noche, ocupábase con el castellano en repasar las cuentas; el viento mugía furioso; los árboles del bosque crugían como esqueletos de gigantes; y en las galerías el aire silbaba, produciendo murmullos semejantes á sollozos.

—¡ Qué tiempo tan espantoso, y qué bien se está aquí!—dijo de pronto V***.

—Sí, sí—repuso el barón.

Y se levantó para acercarse á la ventana, á fin de observar los efectos de la tormenta; mas apenas estu-

vo en pie, volvió á caer en su silla, fija la mirada y la mano tendida hacia la puerta, que acababa de abrirse para dar paso á una figura lívida y descarnada, cuyo aspecto habria infundido terror á los más valerosos.

—¡Era Daniel!...

Más pálido que el mayordomo, y muy agitado al verle arañar la puerta tapiada, el barón se abalanzó hacia él gritando:

—¡Daniel, Daniel! ¿qué vienes á hacer aquí á estas horas?

El mayordomo profirió un doloroso gemido y cayó en tierra. Cuando se trató de levantarle, vióse que estaba muerto.

—¡Gran Dios! ¡qué crimen me ha hecho cometer un momento de terror! Ese infeliz era sonámbulo, y los médicos dicen que basta llamar á un individuo por su nombre, cuando es presa de su alucinación, para que muera en el acto.

—Barón—dijo gravemente el abogado—no os acuséis de la muerte de ese hombre, porque era el asesino de vuestro padre...

—¡De mi padre!...

—Sí, barón, la mano de Dios es la que le ha herido cuando hablasteis; y el terror que habéis experimentado es el instinto de repulsión que se apodera de nosotros al aspecto y al contacto de un infame. Las palabras que dirigisteis á Daniel, y que le mataron como el rayo, son también las últimas que vuestro desgraciado padre pronunció.

Al decir estas palabras, V*** sacó del bolsillo un documento cuidadosamente sellado, escrito de mano de Huberto, hermano de Wolfgang, y reveló al barón los misterios de odio y de venganza que habían ocasionado ya tantas desgracias en la familia de R...sitten. Leyó el autógrafo en que Huberto declaraba que su animosidad contra Wolfgang databa del día en que se

instituyó el mayorazgo, pues aquel acto de su padre, que le privaba á él de la mejor parte de su fortuna para favorecer al primogénito, habia dejado en su corazón un resentimiento inextinguible. Desde aquella época, Huberto, cediendo á un irresistible deseo de venganza, habia concertado los medios más propios para promover la desunión entre Wolfgang y el anciano Roderico. Este último habia querido ilustrar el nuevo mayorazgo por la alianza de su hijo mayor con una de las más antiguas familias del país; sus observaciones astrológicas le permitieron leer en el curso de los astros la seguridad de este enlace; y toda elección que Wolfgang hubiera hecho contra su voluntad, habria sido una causa de disgusto y un motivo para maldecirle.

Wolfgang, perdidamente enamorado en Ginebra de una joven de noble linaje, pero sin fortuna, se habia lisonjeado de conseguir al fin, á fuerza de tiempo, que su anciano padre aprobara el matrimonio contraído secretamente con la mujer que adoraba; y así las cosas, el anciano barón, habiendo visto en las constelaciones el presagio de su próxima muerte, escribió á Ginebra, ordenando á Wolfgang que volviera inmediatamente. Cuando llegó, su padre habia muerto, como ya hemos visto. Un poco después, Huberto llegó á R...sitten, según sabemos, para arreglar con su hermano los asuntos de la sucesión: Wolfgang le reveló francamente el misterio de su matrimonio, manifestando su satisfacción por haber obtenido un hijo y serle posible muy pronto anunciar á su amada esposa que el negociante de Born con quien se habia unido, era el rico y poderoso heredero de los barones de R... También dió á conocer su proyecto de marchar cuanto antes á Ginebra para traer consigo á la baronesa Serafina; pero la muerte le sorprendió cuando se disponía á partir. Huberto se aprovechó de esto para asegurar

la herencia directa del mayorazgo, puesto que nada probaba los derechos del hijo de Wolfgang; pero como había en él cierto fondo de lealtad, muy pronto se apoderó el remordimiento de su ánimo. Un incidente que consideró como providencial acabó de despertar su temor al castigo del cielo. Tenía dos niños de once á doce años que se manifestaban mutua aversión: cierto día el mayor de ellos decía al otro:

—Tú eres un miserable; yo seré algún día el soberano de R...sitten, y entonces, amiguito mío, deberás venir humildemente á pedirme dinero para comprar una ropilla nueva.

Irritado el otro por aquella broma, dió á su hermano un golpe con un cuchillo, y las consecuencias fueron mortales. Aterrado Huberto por aquella desgracia, envió el hijo que le quedaba á San Petersburgo para que sirviera á las órdenes del general Suvarow; y poseído de remordimientos, hizo serias reflexiones. Recogió cuidadosamente el producto de las rentas del mayorazgo, y envió fondos a Ginebra, bajo el nombre supuesto de un pariente del negociante de Born, á fin de que se atendiera á la educación del hijo de Wolfgang. En cuanto á la muerte de éste, había sido durante largo tiempo un terrible misterio, que apenas dejaba entrever la locura del mayordomo.

He aquí cómo lo explicaba Huberto en su confesión.

En la noche de su marcha, Daniel, que sin duda deseaba sacar partido de la animosidad que reinaba entre los dos hermanos, detúvole en el momento de montar á caballo, diciéndole que no debía abandonar tan magnífica herencia en manos del codicioso Wolfgang.

—¿Y qué he de hacer?—exclamó Huberto, golpeándose la frente con ademán de cólera. — ¡Ah! — añadió blandiendo la carabina. — ¿Por qué no habré encon-

trado en una cacería ocasión oportuna para concluir de una vez?...

—Es una dicha que no hayáis cometido semejante imprudencia—replicó Daniel estrechándole el brazo;— pero ¿os resolveríais á entrar en posesión de este dominio si no tuviérais la responsabilidad de los medios?

—Sí, á toda costa—murmuró con voz sorda el feroz Huberto.

—¡Pues quedaos—repuso Daniel;—estais en vuestra casa, barón de R...sitten, porque el dueño del mayorazgo ha muerto esta noche aplastado bajo los escombros del torreón!...

He aquí cómo se había consumado este drama terrible. Daniel, que persistía en su plan de apropiarse una buena suma de dinero, sin contar los regalos del nuevo barón, había observado que Wolfgang iba todas las noches á meditar al borde del abismo abierto por la caída de la bóveda de la torre. Cierta noche, después de haber sabido que Huberto se disponía á marchar, fué á situarse en un ángulo oscuro de la sala de los Caballeros para esperar á Wolfgang, y cuando el desgraciado barón abrió la puerta de la torre, empujóle por la espalda, haciéndole caer en el abismo.

Cruelmente conmovido por estas horribles revelaciones, el barón Roderico no pudiendo vivir ya en aquel castillo, manchado de sangre, volvió á sus tierras de Curlandia, y no iba á R...sitten sino en el otoño, para cazar en sus tierras.

Franz, el nuevo mayordomo, refería que de vez en cuando, durante las noches de luna, se veía la sombra de Daniel vagando por las galerías y las salas del castillo.

Tal fué el relato, y cuando terminó aventuré una pregunta sobre Serafina.